



Notas sobre la contemplación y la predicación¹

Fray Humberto de Romanis, O.P.

[...] El estado religioso es un estado de contemplación: ahora bien lo que se ha de predicar se recibe sobre todo en la contemplación, según la palabra del bienaventurado Gregorio: “Ellos sacan de la contemplación lo que difunden en la predicación”. Es pues probable que el estado religioso más contemplativo aporta en mayor abundancia lo que hay que predicar. Así está acordado a la predicación. Porque el predicador posee así en profusión lo que proclamará, tanto por la doctrina como por la contemplación.

Que se mire pues la elevación debida a la predicación o a los consejos que hay que dar a veces; los oyentes no son solamente los malos o gentes honestas ordinarias, sino también hombres establecidos en una gran perfección. Y también de la contemplación sacará el predicador la motivación, que no será la iniciativa propia, sino una orden que viene de otro [...].

Además, el predicador tiene el deber, tanto de vacar a la contemplación de las cosas de Dios, como de entregarse a la acción respecto del prójimo. El amor a Dios lo orienta hacia el prójimo, el amor al prójimo lo inclina hacia Dios.

Además, es la gloria de Dios lo que se busca en la predicación, según Is 24: “En la enseñanza, glorificad a Dios”, y la salvación del prójimo según Lc 1: “Para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación”. La primera intención está inspirada por el amor a Dios, la segunda por el amor al prójimo. Es lo que hace Pablo, urgido por la caridad, en 2Co 5: “Si estábamos fuera de sí, era por Dios, si somos sensatos, es por vosotros; porque el amor de Cristo nos urge”.

Además, el predicador no se dirige sólo a los otros, sino también a sí mismo, para no parecerse a ese del que se dice en Rm 2: “Tú que enseñas a los otros y no te enseñas a ti mismo”. Lo uno viene del amor al prójimo y lo otro del amor a Dios; ambos amores forman uno solo juntamente con el amor a sí mismo.

Además, le corresponde al predicador evangélico conducir a los hombres a observar esos dos mandamientos, porque, por una parte, en ellos se encuentran contenidos la ley y los profetas (Mt 22) que hay que predicar a los hombres; por otra parte, esos son los preceptos espirituales del Nuevo Testamento.

Ahora bien, ¿cómo podrían hablar de ellos si los mismos predicadores no los viven, y no hacen, en primer lugar, lo que ellos deben enseñar principalmente a los otros?

En consecuencia, es evidente que uno y otro precepto de la caridad se aplica al predicador: ellos deben cuidar de sí mismos y de los otros, deben entregarse a la vida activa y contemplativa, buscar la gloria de Dios y la salvación del prójimo, predicar no solamente a los otros, sino también a sí mismos, y predicar de una manera especial uno otro mandamiento.

De ahí se sigue que la Orden de Predicadores, a causa de esos dos mandamientos, debe tener estatutos y costumbres que se refieran al amor a Dios, como son los concernientes al oficio divino, al silencio y a las otras observancias claustrales; y otros estatutos que se refieran al amor al prójimo: al tema de la predicación de la doctrina, a oír confesiones, etc.

[...] ¡Dichosa unanimidad que hace “unánimes”, que hace creer unánimemente, defender la fe unánimemente, realizar las obras de la fe unánimemente, dedicarse a la oración unánimemente, escuchar la Palabra de Dios unánimemente, predicar la fe unánimemente, dedicarse a la contemplación unánimemente, practicar las obras de misericordia unánimemente, aplicarse a la doctrina unánimemente! Tales unanimidades, y las que son semejantes, se remiten a Dios, son verdaderas unanimidades en Dios, que resume Agustín cuando enuncia: “Para tener una sola alma y un solo corazón en Dios”.

Quien se une a Dios solo realiza esta unanimidad. Porque “quien se une a Dios es un solo espíritu con Él” (1Co 6). Todos los que están unidos a Él son “uno” con Él. Ahora bien, todas las cosas que no son más que uno con el mismo están “unidas” entre ellas. De ahí viene que todos estos son “uno” en Dios; y, por el contrario, los que se unen a realidades diversas y múltiples son divergentes, y con frecuencia están en disensión.

Que puedan estar convencidos todos los Predicadores de la necesidad de esta unidad entre ellos; ¡incluso para los otros! [...]. Is 52 habla justamente de ellos cuando dice: “Qué hermosos son sobre los montes los pies de los que anuncian la paz”. Ahora bien, cómo predicarán la paz a los otros si ellos no la tienen [...].

Además, son ellos quienes presentan al Señor las ofrendas preciosas de las almas. Pero, cómo serán aceptadas esas oblaciones, si, en primer lugar, ellos no están reconciliados con sus hermanos, como dice el Señor (Mt 5) a quien quiere ofrecer en el altar, si se acuerda de que su hermano tiene algo contra él: “Que deje allí su ofrenda, y que vaya primero a reconciliarse con su hermano”.

Además, ¿no deben realizar una obra magnífica, la de la salvación de muchos? ¿Cómo la realizarán si ellos no avanzan con un solo corazón? Así se dice en Fil 1: “Luchando juntos con un mismo corazón según la fe del Evangelio, sin dejaros intimidar en nada por los adversarios”. Lo que muestra hasta qué punto es poderosa la unanimidad para realizar la obra de la fe y vencer a los adversarios.

Hay que tener en cuenta también que en los claustros el número de personas entraña una tensión nefasta a la unidad; como en las ciudades donde hay muchos hombres se producen conflictos. En Jr 5 leemos: “Se produce un conflicto entre los grandes”. ¿Es que no hubo también un desacuerdo entre los discípulos, cuando se produjo una discusión entre ellos para saber quién era el más grande? (Lc 22).

Por otra parte, la grandeza de las obras entraña fácilmente la envidia; así respondía el Filósofo al que le preguntó cómo evitar a los envidiosos en torno a él: “Si tu no haces nada grande”. Ahora bien, la envidia genera el conflicto. 1Co 3 dice: “ya que hay entre vosotros celos y querellas”. Sitúa sabiamente los “celos”, es decir, “la envidia” antes que la querella, porque ésta procede de aquella.

Hay también diferencias de origen, que es difícil de hacer concordar a causa de las costumbres diversas y de los sentimientos particulares. Hch 6 dice: “El número de los discípulos aumentaba, y los helenistas se pusieron a recriminar a los Hebreos”.

En conclusión: pierden fácilmente la unidad prescrita en la Regla los importantes, sea por la ciencia o por otras cualidades; los que ven cada día antes ellos a Predicadores o profesores excepcionales; los que son reunidos de diversos lugares y naciones diferentes; a no ser que esta santa unidad sea custodiada por la gracia de Dios y por una gran atención. En consecuencia, aunque la obligación de conservar la unidad del espíritu se prescriba a todos, según la palabra del Apóstol en Ef 4; y aunque sea más especialmente para aquellos que están sometidos a la Regla del bienaventurado Agustín, sin embargo, este deber incumbe muy particularmente a los Frailes Predicadores; porque, según lo expuesto anteriormente, ellos deben conservarla por una razón general, una razón especial y una razón particular.